

# LAS NOVELAS DE ROSALÍA

Carlos G. Reigosa

Periodista y escritor

doi:10.17075/rcsxxi.2014.051



CONSELLO  
DA CULTURA  
GALEGA



En 1985 se celebró el I Centenario de la muerte de Rosalía de Castro (1837-1885) y creo que fue a partir de ahí cuando empezamos a hablar en serio de la verdadera Rosalía de Castro, que no es la «santiña» decimonónica, ni la patriótica llorona de los males de Galicia, como quisieron mostrárnosla tantos entusiastas galleguistas, más guiados por la buena intención que por sus conocimientos literarios. Todavía recuerdo a Domingo García-Sabell y a Agustín Sixto Seco diciéndonos, a finales de los setenta, que los gallegos no debíamos llorar más, porque ya Rosalía había llorado por todos. Y, en efecto, todos dejamos de llorar —incluso los que no lo habíamos hecho antes—, pero cada uno lo hizo a su manera: unos echando en olvido a Rosalía de Castro, otros idealizándola tan solo como poeta nacionalista y unos terceros —los menos todavía— reivindicándola como escritora feminista descreída, doliente y melancólica. Como yo creo que todas estas visiones están maleadas o limitadas por aspectos ajenos a la propia obra de Rosalía, me permitirán que no las tenga en cuenta y que intente ofrecer aquí una aproximación personal a fecha de hoy.

Porque yo no veo la «santiña», ni la «llorona», ni la feminista doliente y melancólica por ninguna parte. En cambio, sí que veo a alguien que escribe sus mejores obras desde el coraje y la furia transgresora —también desde el resentimiento y la animosidad, si se quiere, o desde la rebeldía, si se prefiere. Y sus páginas son buenas, porque en ellas toda su dureza y su rabia están trufadas de descarnada retranca y de sutil ironía. Esto es lo que he encontrado yo en sus novelas.

Sé que cada generación —cada época, si se quiere— tiene su lectura del pasado histórico y de las obras literarias de ese pasado. Por eso no van a oír de mí lo que pensaban Emilio Castelar, Juan Valera o Ricardo Carballo Calero sobre la obra narrativa de Rosalía de Castro. Tampoco diré nada sobre los silencios (legítimos o mezquinos, quién sabe) de Galdós, la Pardo Bazán o Clarín. Ni sobre las alabanzas de Azorín o de Unamuno. Respeto todas sus erudiciones, como es natural, pero, en el caso presente, si se quiere ofrecer una visión actualizada, cabe decir que no interesan en absoluto, como tampoco interesa lo que hayan podido pensar sobre la visión romántica o el compromiso social de Rosalía. Lo que yo voy a

contarles es lo que se me ha ocurrido como novelista lector de sus novelas, y no como crítico literario, que no lo soy. Tal vez por ello mismo lo que diga resulte tan discutible como legítimo. Así sea.

Quiero señalar, en primer lugar, que quizá hay que acercarse a la narrativa de Rosalía justamente para superar el sortilegio de sus versos y entrar en el corazón de su mente y en la mente de su corazón. Porque es la lectura de sus novelas la que nos da la clave de su alma desafiante y transgresora y de sus afanes literarios satíricos o satirizantes, todo ello pasado por el pasapuré de la ironía y de la retranca ácida. Tal vez quepa afirmar que, durante mucho tiempo, demasiados analistas de Rosalía compitieron por ver quién la tergiversaba más. Así surgió lo de la «santiña», lo del retrato vivo y en lágrimas de la «saudade», etcétera. Más recientemente, también alumbró alguna suerte de supervaloración literaria que creo desnortada. No comparto la insistencia de algunos osados prologuistas que hablan del cervantismo de sus obras y de otras lindezas, concebidas desde visiones que creo interesadas o torpemente generosas. Pienso que son ganas de enredar y subir a Rosalía a pedestales que ni le corresponden ni los necesita. Por otra parte, la visión que había del Quijote cuando ella escribía tenía mucho menos que ver con la actual de lo que creemos, al menos hasta la irrupción de Galdós. La percepción del Quijote ha sido diferente en cada siglo o época, como está bien acreditado.

Dicho esto, entro de lleno en las novelas de Rosalía, que, al parecer, son cinco. Y digo «al parecer» porque así lo afirman conspicuos estudiosos, que excluyen algunos relatos por cortos, es decir, por ser cuentos, y no tienen para nada en cuenta que ella les llame «cuentos» a sus dos últimas novelas. Pero dejémoslo estar. Digamos que escribió cinco novelas y así nos ahorramos una discusión probablemente bizantina. Estas cinco novelas son *La hija del mar* (1859), *Flavio* (1861), *Ruinas* (1866), *El caballero de las botas azules* (1867) y *El primer loco* (1881). Cada una de ellas tiene sus méritos y sus flojeras, pero el director del curso, mi buen amigo Ángel Basanta, no me daría tiempo aquí para intentar exponer unos y otras. Así que intentaré hacerme entender por la vía de lo bueno si breve..., ya saben.

Asombra que Rosalía de Castro escribiese con solo veintidós años *La hija del mar*, una especie de *Cumbres borrascosas* (1847) de Emily Brontë, autora británica que publicó su obra doce años antes, aunque no consta ni es probable que Rosalía

tuviese la menor noticia de ella. En *La hija del mar* está la naturaleza salvaje y fascinante de Muxía, en A Costa da Morte gallega, con —así lo escribe ella— «los rugidos del mar, la cólera de las olas y la inmensidad del cielo». En esta novela asoma el temperamento fuerte y decidido de la autora, comprometido e incluso violento cuando se siente atacada, como bien escribió Montserrat Ribao Pereira. Hay muchos fallos —demasiados comentarios de la autora, excesiva subjetividad, cierta pedantería juvenil y alardes culturales fuera de lugar—, pero está lo esencial: una historia potente en la que se cruzan tres mujeres (Teresa, Esperanza y Candora) y un malvado donjuán de ojos azules que se llama Alberto Ansot, un verdadero cabrón. Estamos, sin duda, ante una gran historia de amor en la que el auténtico protagonista (y de esto sabía mucho Rosalía) es, paradójicamente, la falta de un amor sano y verdadero. «En el naufragio va la vida», decía María Zambrano, y en esta novela el naufragio es total, como exigía una visión romántica con destellos delirantes. La obra es, en realidad, casi una autobiografía romántica de la autora concebida desde su umbral veinteañero. Y, precisamente por esto, quizá todas las limitaciones formales de la obra declinan ante el vigor y la autenticidad de lo que se cuenta. La autenticidad de la desgracia, claro, que es también su desgracia vital. Por ello creo que, aunque solo sea por la fuerza con que ataca la hipocresía y los males sociales decimonónicos, esta obra primeriza merece no ser relegada, y menos aún olvidada.

No me extenderé tanto al hablar de *Flavio* y de *Ruinas* porque, paradójicamente, no tienen la intensidad temática de *La hija del mar*. *Flavio* es una novela que también se desarrolla en Galicia y que trata sobre el desengaño amoroso y sus angustiosos equívocos y vaivenes. *Ruinas*, subtitulada «Desdichas de tres vidas ejemplares», es una narración de corte simbólico (tres habitantes de una pequeña villa, marginados de su medio social, comparecen en realidad como tres ruinas andantes en medio de una decadencia social que los excluye). La obra es especialmente valiosa por su nivel satírico y su desarrollo paródico-humorístico, que nos liberan del flujo patético de lo que, al fin y al cabo, es una tragedia. Pero no nos ofrece mucho más, ciertamente.

En cambio, debemos pararnos en *El caballero de las botas azules*, su obra más ambiciosa y, quizá por ello, la que más virtudes y defectos atesora. A Marina Mayoral le parece «la obra más pesada y aburrida de cuantas salieron de la mano de la autora», y Marina Mayoral sabe de esto. Considero que tiene toda la razón

cuando apunta como desaciertos la extensión de los diálogos, las digresiones interminables, las divagaciones sobre lugares comunes y la desafortunada mezcla del elemento onírico-irreal con la sátira social. Suscribo, pues, su crítica. Pero yo creo que esta obra, como *La hija del mar* —de la que está ya lejos, pero no del todo—, tiene un plus temático que la salva. Esto es, la desacredita la forma, pero la redime el fondo. Es cierto que parece un saco en el que cabe casi todo. Pero también lo es que desarrolla un proyecto literario original, lleno de fantasía y de determinación satírica, es decir, de crítica social. La denuncia que hace de las aberraciones y del mal gusto en que se asfixiaba la novela anterior al 68 (es decir, también la suya) es una luminosa anticipación de lo que viene después con Galdós y compañía. Admito que es más lo que esta obra quiso ser que lo que es, pero creo que acierta en la imputación de lo que debe ser superado y en la idea-fuerza de lo que ha de venir, del cambio, del futuro. Hay mucho humor y mucha ironía en este texto, y esto no debe desdeñarse. Hay un realismo fantástico y una sátira afilada y certera de las malas costumbres del Madrid en que se desarrolla. Es decir, hay transgresión y crítica social. El diálogo inicial entre el Hombre y la Musa es magnífico y no entiendo que haya sido denostado formalmente por críticos que parecen medir las obras con el metro de sus propias limitaciones. Por el solo hecho de que niega lo plañidero y lanza un mensaje de protesta y de libertad, como señaló Ana Rodríguez-Fischer, esta obra, con todos sus defectos (que justa o injustamente hemos señalado), merece un lugar en la historia de nuestra narrativa. Sin duda.

Su última novela, *El primer loco*, es una obra corta en la que Rosalía se zafa del corsé realista y retrocede —o así lo parece— a las fórmulas románticas de su juventud. Sin embargo, el resultado fue mucho más realista de lo que ella misma creía. *El primer loco* tiene menos defectos formales que algunas de sus obras anteriores, pero le faltan el aliento y el vigor necesarios para despegar como un gran relato. Digamos que las reflexiones la devoran y disminuyen la fuerza de la acción. Pero está lejos de ser tan mala novela como algunos pregonan.

Se podría decir que Rosalía de Castro es una narradora prescindible en la historia de nuestra literatura (de hecho, se podría decir esto a tenor de la escasa estima que se le profesa como prosista), pero este sería un enorme error. Porque en su obra está el testimonio literario más vivo, directo y elocuente —también el más dolido— sobre el alma femenina y la realidad social de la mujer en un

tiempo de concienciación y de cambio, que fue justamente el suyo. Nada tiene que ver su posición en la vida con las privilegiadas de la Pardo Bazán o la Fernán Caballero. Rosalía escribe desde abajo, rodeada de labores de hogar, de niños que demandan atención y de preocupaciones económicas. Nadie es tan consciente como ella del tiempo en que le tocó vivir. Por eso su literatura es más auténtica y más imprescindible. Porque es más verdaderamente rebelde. Su lúcida ironía de perdedora no tiene parangón.

Por eso a mí me gusta tanto cuando Rosalía se deja llevar por el resentimiento. No olviden que resentirse es, según la confusa definición de la RAE, 1) «empezar a flaquear», 2) «tener sentimiento, pesar o enojo por algo» y 3) «sentir dolor o molestia en alguna parte del cuerpo, a causa de alguna enfermedad o dolencia pasada». Creo que todas estas acepciones estarían bien resumidas en un sentimiento de amargura, rabia o rencor producido por una sensación vital de impotencia. La obra de Rosalía es imprescindible por lo bien que traduce literariamente esta visión de la realidad, que fue la suya y la de la inmensa mayoría de sus contemporáneos españoles. En sus novelas, insisto, palpita un testimonio duro y directo, a la vez imaginativo y verdadero. Por esto —y aunque solo fuese por esto— nunca podremos renunciar literariamente a su contribución narrativa. Así lo veo yo.

